

NANA

Una alfombra de caras y piernas en la escalinata de la iglesia de San Miguel Arcángel, en la Buena Villa de Larraga. Chaquetas y corbatas, calcetines blancos, rostros serios o risueños. Varias docenas de muchachos han recibido la confirmación esa mañana; y, al despertar a la siguiente, son ya agricultores, obreros, médicos, profesores o comerciantes que exhiben sus productos en la plaza de los Fueros; y, esa misma noche, sin solución de continuidad, revisan la solicitud de su pensión de jubilación.

Mariam, Pedro, Inma y José miran la foto en blanco y negro –la puerta de la iglesia, el árbol bajo el cielo lavado...– y se preguntan cómo el tiempo ha podido pasar tan rápido. Buscan al amigo que ya no está, a la novia que dejó de serlo, hasta que el llanto de sus nietos los saca del ensueño, y les recitan otra vez la nana.

